



DEPARTAMENTO DE
MOVILIDAD HUMANA

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

CRISTO MIGRANTE





Primera palabra:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”

(Lc 23,34-35)

Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Después se repartieron sus vestiduras, sorteándolas entre ellos. El pueblo permanecía allí y miraba. Sus jefes, burlándose, decían: «Ha salvado a otros: ¡que se salve a sí mismo, si es el Mesías de Dios, el Elegido!».

Por: Juan González.

Migrante ecuatoriano en Chile.

La agonía de la cruz se cruza con los distintos improperios provenientes de algunos que presenciaban la atroz injusticia, sin embargo, la misericordia del hijo de Dios es mucho más grande que la intolerancia que destila la humanidad. Dios quien envió a su único hijo para redimir la humanidad y que nos invita hacer parte del proyecto de Salvación a través del mandamiento del amor, lo refleja en el dolor que causa la cruz; “perdónalos porque no saben lo que hacen”. El perdón es el principio universal para alcanzar la reconciliación, por el perdón se nos abren las puertas hacia el Padre, se limpia nuestro corazón y nuestra alma se dispone para regocijarse de las bondades del amor de Dios.

En la Cruz Jesús nos sigue enseñando, tal como lo hacía por las comarcas y villas por las que caminaba con sus discípulos y seguidores; predicaba que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos. (Cf. Juan 15, 13) Perdonar implica que nuestro corazón se deje inundar por la presencia de Dios, presencia que hace posible que nuestra mente y nuestra alma se dispongan para contemplar la reconciliación.

La humanidad necesita de una reconciliación colectiva, pues mantiene abiertas las heridas de la guerra, la persecución, la humillación, la violencia generalizada que va aumentando por las diversas injusticias y desigualdades, en especial hacia los más pobres y desamparados. La solicitud de Jesús a Dios pidiendo el perdón para esos que no sabían lo que hacían, es también la súplica por quienes las sociedades

marginan y envían a las periferias.

Y en las periferias encontramos a los que migran, pues llegan a diversos lugares donde son rechazados por el solo hecho de ser migrantes. Las sociedades se encargan de promover el odio, la xenofobia y el racismo, los diversos grupos humanos se han encargado de poner a unos por encima de otros, y han dejado de dimensionar que en la creación Dios nos ha revestido con la misma dignidad a todos. No importa de donde venimos, lo que debiese importar es que todos los que migramos necesitamos oportunidades para seguir adelante, solo queremos dar lo mejor a nuestros hijos y cercanos.

Chile ha sido el país que me ha proporcionado un trabajo, y con mucho esfuerzo, muchas horas de trabajo, fines de semana sin descanso y otras tantas situaciones, estoy agradecido porque aquí he aprendido el valor de la reconciliación, aprendí a perdonarme a mí mismo, a perdonar distintas situaciones que en otro contexto seguramente no haría, a entender que todos no tenemos por qué pensar igual y que la tolerancia debe ser parte fundamental de la vida de las personas y las sociedades.

Aunque extraño mi país aquí me siento a gusto, mi familia me acompaña y Chile ya se convirtió en mi patria. Empiezo a sentir orgullo de la diversidad y riqueza, y siento como míos todos los logros del país.





Segunda palabra:

“Hoy estarás conmigo en el paraíso”

(Lc 23, 39-43)

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro lo increpaba, diciéndole: «¿No tienes temor de Dios, tú que sufres la misma pena que él? Nosotros la sufrimos justamente, porque pagamos nuestras culpas, pero él no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino».

*Por: Alejandra Luna
Migrante venezolana en Chile.*

En esta palabra vemos el amor de Jesús al extremo, un Jesús que está sufriendo por un dolor físico desproporcionado, al ser sometido a una muerte con tortura con su crucifixión, pero que antepone todo ello al escuchar y dar consuelo a otro que sufre tanto como él. Se preocupa en acoger con la palabra, con la misericordia y con un gran sentimiento de reconciliación al expresar a ese otro ser humano arrepentido, que también sufre y muere, que hoy estará con él viviendo la paz que sólo da el Señor en la vida eterna. Una demostración de que una vez más dio de sí a los demás hasta el final y hasta su último aliento. Que para él siempre fue importante el humilde, él necesitado, el carente de afecto, él último de la clase social que establecía la comunidad.

Desde la mirada como migrante esta palabra se puede ver reflejada en muchos extranjeros que a pesar del sufrimiento que viven -con el duelo migratorio al dejar su patria y sus afectos que, a pesar del clima, del proceso de arraigo que para muchos es doloroso y cuesta arriba; dejan a un lado ese dolor para dar de sí al otro. Muchos migrantes han experimentado la necesidad de ayudar a otros en su condición de extranjeros que estén igual o peor que ellos y en muchos casos a los nacionales de su país de destino. Han experimentado la vocación de la asistencia social para mitigar el sufrimiento o la necesidad del otro anteponiendo la suya propia.

Este sentimiento transformador de ayuda al hermano que muchos inmigrantes experimentan, a pesar

de que se encuentren mal económica o emocionalmente, les ayuda a tener esperanza que en algún momento podrán sentir la paz o el alivio en el corazón que tanto deseaba el malhechor arrepentido en esa cruz. Con humildad el ayudar al otro alivia las penas propias y es sanador como un tratamiento espiritual, le permite saber que puede ser útil a un ser humano que sufre más. Veo a Jesús en todos esos extranjeros que ayudan de forma desinteresada a pesar de sus propios dolores personales, que están allí con su palabra, su empatía, sus manos y buena voluntad al servir un plato de comida, dar un abrigo o aportar en cualquier voluntariado que les permite aliviar las adversidades de los demás y sanar su alma en este proceso de arraigo en su país de destino.







Tercera palabra:

“Mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: Ahí tienes a tu madre”

((Jn 19, 25- 27))

Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús le dijo: «Mujer, aquí tienes a tu hijo». Luego dijo al discípulo: «Aquí tienes a tu madre». Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

*Por: María Meneses.
Migrante uruguayo en Chile.*

El dolor de María es inconfundible, ella ha acompañado el camino de la cruz con el dolor que produce ver a su único hijo enfrentado los golpes, improperios y una cruz a cuesta. El camino de la cruz también es recorrido por María y su angustia es propia de quien ha ofrecido todo su amor. Cada una de las caídas y latigazos, son golpes que María guarda en su corazón, porque ella también ha aceptado la voluntad de Dios, y asumió llevar en su vientre al Salvador, pero también ha aceptado acompañarlo a la Cruz. Una vez que María ha recibido la buena nueva del ángel se pone al servicio, y con entereza y humildad acompaña la misión de su hijo desde la encarnación hasta la resurrección, pasando por la tribulación en la Cruz. María es la primera discípula y la primera en recibir de manos de Dios la nueva alianza en el amor, pues llevó en su vientre a Dios hecho hombre que encarna el amor más universal. Jesús nos ha dejado a su madre como máxima prueba de amor hacia la humanidad. El amor de María por la Iglesia es el amor por su hijo.

María quien acompañó a Jesús en su camino a la cruz, también acompaña el caminar y las diversas tribulaciones por las que debe pasar la Iglesia. Cada uno de nosotros somos acompañados por el amor incondicional de una madre, y los que migran lo hacen confiados en la protección de esa madre celestial que se revela en muchas advocaciones. Como migrante mujer siento que María me llena de fortaleza, ella es el modelo que como mujer busco seguir, aunque los tiempos me muestren muchas otras alternativas.

Nunca me imaginé que tendríamos que migrar, de niños jamás pensamos en esa realidad y tampoco conocíamos a alguien cercano que lo hubiese hecho, a medida que íbamos creciendo, mis hermanos y primos, nos imaginamos que allí envejeceríamos, sin embargo, la realidad me fue mostrando otras alternativas, algunos dicen que se va abriendo el mundo, aunque creo que todo mi mundo era el pequeño lugar donde crecí, y para mí era más que suficiente.

Chile me ha mostrado muchas realidades, muchas de ellas positivas y otras tantas no sabría cómo nombrarlas. De lo que estoy segura es que debo dar lo mejor de mí para sacar a mi familia adelante, sin importar los muros que se crucen en mi caminar. Migrar no es una decisión fácil de tomar, y siempre tienes añoranza de tu lugar, pero estoy segura que en algún momento regresaré para envejecer allí.







Cuarta palabra:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

(Jn 19, 25-27)

Al mediodía, se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde; y a esa hora, Jesús exclamó en alta voz: «Eloi, Eloi, lamá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

*Por: Elba Leonor Caicedo
Migrante colombiana en Chile.*

Cuando escuchamos esta palabra muchas veces nos hemos preguntado cómo es posible que Jesús en el momento de su agonía sintió que Dios lo abandonó, pero en medio de mi reflexión pienso que Dios no lo abandono, Dios quiso dejarnos una enseñanza en nuestras vidas para demostrarnos que en los momentos difíciles, en los momentos de angustia y en momentos de tristeza Dios no nos abandona; son pruebas que él nos pone para demostrarnos que en esos momentos es cuando más él está con nosotros, y a la vez, para fortalecer nuestras debilidades. Es por eso que a través de la oración es cuando más Él se manifiesta.

Migrar no es fácil, migrar es de valentía y de fortaleza. Muchas veces por eso me pregunto por qué si vamos a la iglesia y decimos ser creyentes de Dios actuamos de ciertas maneras.

Una de las experiencias que más me ha dolido aquí, fue cuando una señora en la iglesia me dice que por favor calle a mi nieto porque está haciendo mucho ruido, ya que habían personas en el santísimo orando, yo le respondí: - si señora estoy haciendo que el niño se calme-, pero la señora vuelve y me replica - tienes que calmarlo, y le digo: -si señora, lo que pasa es que el niño es autista - y me replicó de una manera agresiva: -¡ si lo sé!-, le dije ¿ quiere que me retire de la iglesia?; y me responde en un tono agresivo - ¡No olvides que estás en mi país!, le respondí: - gracias señora por recordármelo-, y en ese momento sentí tristeza, angustia y mucho dolor, pero a la vez

sentí que debía de orar por ella a pesar de mi dolor, en ese instante dos personas se acercaron y me abrazaron pidiéndome perdón por el actuar de la persona y ahí sentí que en esas personas estaba Dios.

Estas cosas que a día a día nos pasan son para fortalecernos en nuestra fe como migrantes y una vez más para no olvidar que Dios nunca nos abandona.







Quinta palabra:

“¡Tengo sed!”

(Jn 19, 28-29)

Después, sabiendo que ya todo estaba cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: Tengo sed. Había allí un recipiente lleno de vinagre; empaparon en él una esponja, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca.

*Por: José López
Migrante paraguayo en Chile.*

La expresión más humana del hijo de Dios en la Cruz, ¡tengo sed! La expresión es acompañada por el sufrimiento; quien está en la cruz proclamaba el Reino y curaba a los enfermos por el camino. Quien nos ha mostrado al Padre ahora se encuentra colgado de un madero ante la mirada de distintos espectadores, esos mismos que le escuchaban predicar y otros que gritaban desenfundados: ¡que le crucifiquen y sueltanos a Barrabas!

La imagen de Jesús en la cruz nos debe mover el corazón, en especial por aquellos que sufren las diversas injusticias creadas por las sociedades. Son muchos los sedientos de justicia que reclaman misericordia, ser atendidos, escuchados y que no sean voces alejadas en el bosque solitario.

Precisamente el mismo Jesús atendía las distintas necesidades de su tiempo y se conmovía de cada una de las situaciones; “Al desembarcar, Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato”. (Cf. Mateo 6-34) En la enseñanza mostraba la bondad e infinito amor que Dios tenía para su pueblo, y nos sigue invitando a sentarnos a escucharle, a serenar nuestro corazón de todos los ruidos de la cotidianidad y encontrarnos con la presencia del maestro, el que enseña, el que guía, el que da la vida por cada uno de nosotros.

El camino de la cruz se cruza en muchos migrantes que deben migrar sin importar los peligros que

deben atravesar. Desafortunadamente se ha hecho cotidiano escuchar en los medios de comunicación que personas deben huir de sus países de origen, y en ese viaje que emprenden muchos desaparecen y mueren. Las cercanías a las fronteras son cementerios donde reposan las ilusiones de los migrantes. Pero también en el camino se encuentran con manos y corazones generosos que atienden al clamor ¡tengo sed! Hombres y mujeres dispuestos a servir, tal como lo enseñaba Jesús, que se convierten en ángeles para las personas que tienen como objetivo alcanzar una frontera en busca de oportunidades para mejorar su condición de vida.

Algunos migramos por decisión propia, nos hemos tomado el tiempo de discernirlo, pensarlo, comentarlo con familiares y amigos, crear redes antes de llegar, pero otros no han tenido esa oportunidad y han tenido que salir apresurados escapando de la muerte, la pobreza y la falta de oportunidades reales para tener una vida digna.

Las sociedades de acogida debiesen encarnar comunitariamente el dolor de la migración forzada, es la única manera en que se pueden solidarizar con quienes llegan a sus ciudades queriendo trabajar para tener un mejor vivir. Acoger es la primera etapa de un proceso que muchos migrantes agradecemos cuando llegamos a un lugar que no nos pertenece. Acojamos con amor y saciemos la sed de aquellos que los demás quieren excluir.





Sexta palabra:

“¡Todo se ha cumplido!”

(Jn 19, 30)

Después de beber el vinagre, dijo Jesús: «Todo se ha cumplido». E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

*Por: Clara Elena Santiago.
Migrante dominicana en Chile.*

Desde la cruz, Jesús exclama, ¡Todo está consumado, es decir, todo está cumplido! Mirarlo en la cruz, es comprobar su obediencia al Padre y su amor infinito por nosotros. Cristo crucificado, es signo total de obediencia, entrega, amor. Cumple la misión encomendada por su Padre. Todo está consumado, es una palabra que Jesús pronuncia con satisfacción, todo está terminado, cumplí, está hecho, y, con su muerte completó su obra redentora para salvarnos del pecado.

A pesar de las humillaciones, maltratos, burlas y los rechazos que sufrió Jesús, siempre se mantuvo firme con su propósito, aún en la cruz, seguían burlándose de Él y a pesar de todo eso, pudo decir con gran regocijo, todo está consumado, todo está hecho, cumplí. Completó su misión aquí en la tierra para darnos vida eterna y en abundancia.

Algunos de los que observaban a Jesús en la Cruz, no comprendieron su sacrificio, como, por ejemplo, uno de los ladrones, el cual le dice – si eres el hijo de Dios, bájate de esa cruz y sálvate y Jesús tenía el poder para hacerlo, y, sin embargo, no lo hizo porque es inmensa su obediencia al Padre.

Hoy, la humanidad, quiere vivir a espaldas de Dios, pareciera que la muerte de Cristo en la cruz perdiera su cometido. Ante tanta violencia, odio, consumismo, destrucción, corrupción, injusticias, pecado de omisión, se hace necesario, analizar nuestra vida como creyentes. Nos llamamos cristianos, y sin embargo muchas veces no mostramos a Cristo en

nuestro diario vivir, quizás por temor, vergüenza o porque no estamos convencidos de nuestra fe. ¿Será que es más fácil obedecer a los hombres que a Dios? En la oración del Padrenuestro, Jesús nos enseña a ser obedientes al Padre, por eso cumplió su misión redentora en el mundo para salvarnos del pecado y darnos vida en abundancia. Por otro lado, María su madre, confirma su obediencia a Dios con el “Hágase su voluntad” cumpliendo así el anuncio del ángel. Todos tenemos una misión que cumplir aquí en la tierra, ¿alguna vez te has preguntado sobre cuál es la tuya?

Desde cualquier oficio o profesión que desempeñemos, o en cualquier posición social, Cristo nos enseña a ser obedientes al Padre Dios, a confiar en su voluntad, en sus planes, porque estos siempre serán mejores que los nuestros y con un propósito mucho más fructífero. A veces como migrante, nos preguntamos, - ¿Qué hago en este lugar?. ¿Por qué estoy aquí?

Cristo fue migrante, y por donde quiera que pasó, dejó sus huellas indelebles de amor en todos los estratos sociales de su época. También nosotros como migrantes, estamos llamados a dejar huellas de amor al prójimo y Jesús es nuestro referente; con Él todo es posible. Todo migrante, no solo lleva consigo una maleta llena de ropa, también lleva recuerdos familiares, lágrimas, nostalgias, su cultura y costumbre entre otras cosas; pero cuando es un migrante cristiano, también lleva consigo a Cristo y lo desea dar a conocer a donde quiera que está, porque la cultura de Cristo es el amor, y este no tiene bandera ni frontera.





Séptima palabra:

¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

(Lc 23, 44- 46)

Era alrededor del mediodía. El sol se eclipsó y la oscuridad cubrió toda la tierra hasta las tres de la tarde. El velo del Templo se rasgó por el medio. Jesús, con un grito, exclamó: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Y diciendo esto, expiró.

*Por: André Ramoa
Migrante brasileño en Chile.*

Cuando Jesús corrigió a los saduceos sobre la vida después de la muerte, les dijo: “Él no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven” quiere y da, por eso Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”, refiriéndose al hecho de que estamos en la carne. La muerte no es el fin para los seres humanos, no todo termina en la muerte, para los que vivimos en Cristo, para los que hemos pasado a los que lo recibimos por bautismo, estamos llamados a una vida que no tiene fin, una vida que comienza de nuevo cuando cumplimos la misión que Dios nos ha encomendado en la tierra en cuerpo físico.

Al celebrar a los que han muerto confiando en la misericordia de Dios, reconocemos que creemos que el anhelo del hombre por una vida perfecta se cumplió como don de Dios con la resurrección de Jesús en anticipación de nuestra propia resurrección.

Llevemos a Jesús en nuestras actitudes diarias, con preocupación sincera en acudir a los hermanos que estén sufriendo por las miserias de la vida para que sientan a través de tu acto fraterno, el amor de Dios y renueven sus esperanzas en el padre que no nos abandona.

Las palabras dichas son vacías cuando no se practican y te alejan del verdadero sentido por la cual Jesús entregó su vida en la cruz.

La migración forzosa es una realidad que muchos no la ven posible en sus vidas. Sin embargo, vivimos tiempos inciertos: calentamiento global, aumento de la violencia, guerras entre países, amenaza nuclear, hambre, sed, enfermedades... son realidades que pueden obligar a todos nosotros a una migración forzada.

Busquemos entender mejor las diferentes razones por las cuales las personas se desplazan de sus países y no generalizar los diferentes comportamientos que presentan los que migran, no somos todos iguales. Reflexionar sobre las situaciones nos ayuda a desarrollar empatía, aprecio por la gente desplazada y nos aleja de la discriminación e ignorancia, acercándonos a un sentimiento mayor, la solidaridad.

Hoy son ellos quienes migran por sus derechos vulnerados, y desean la comprensión de cada uno de nosotros, pues el mañana a Dios pertenece.







DEPARTAMENTO DE
MOVILIDAD HUMANA